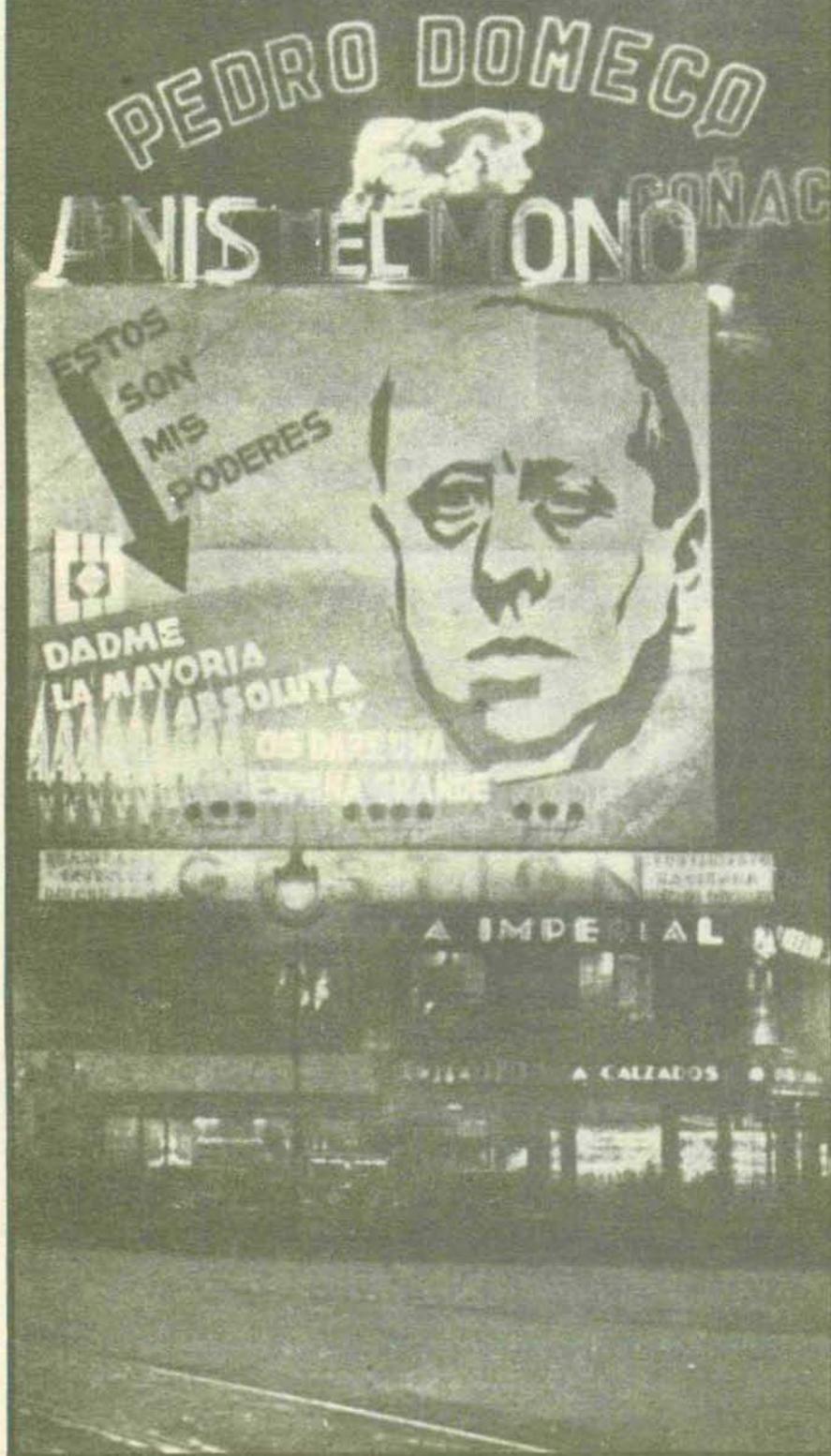


Gil Robles, o la tentación totalitaria

Eduardo
de Guzmán

LA reciente desaparición de don José María Gil Robles, fallecido en Madrid el pasado 14 de septiembre víctima de una trombosis cerebral, ha ocupado un amplio espacio en diarios y revistas, así como en los noticiarios de radio y televisión. Unos y otros han creído cumplir con su deber informativo acompañando la noticia de la muerte del viejo político de los acostumbrados y rutinarios elogios póstumos. Todo, en fin de cuentas, deferente y correcto, pero al mismo tiempo terriblemente frío y distante. Insuficiente a todas luces para que quienes no vivieron los tiempos de la segunda República ni los cinco lustros iniciales del franquismo lleguen a comprender la exacta importancia de una figura en torno a la cual giró la vida pública española en momentos trascendentales de su historia.





«Inteligente, tenaz y ambicioso, José M.^a Gil Robles realiza una rápida carrera en la universidad y el periodismo». (Gil Robles, fotografía de juventud).

AUNQUE de las notas y comentarios que acompañan a la noticia de su defunción es fácil deducir que Gil Robles fue un hombre que estuvo a punto de triunfar y acabó fracasando en todo, acaso por llegar a todas partes con un ligero retraso, nadie se ha tomado el trabajo de señalar la lección fundamental que a nuestro juicio cabe extraer de su actuación al frente de la democracia cristiana española: que el catolicismo político, por ultramontanos y autoritarios que sean quienes lo encarnan, comete el más imperdonable error cuando espera que una sublevación militar, un golpe de fuerza más o menos fascistizante, le devuelva el poder perdido —o que no ha conseguido alcanzar— en unas elecciones democráticas y libres en que los votos populares no han confirmado sus esperanzas. Confiar en una solución violenta constituye hace cuarenta y tres años la mayor equivocación del entonces jefe de la CEDA y mucho más recientemente del democristiano chileno Eduardo Frei al colaborar, activa o pasivamente, con el golpe de Pinochet que acabó con la presidencia y la vida de Salvador Allende en el Palacio de la Moneda de Santiago el 11 de septiembre de 1973. Tanto uno como otro, convencidos al cabo de su error, pretenden rectificar, pero ya resulta demasiado tarde para que los dictadores respectivos se presten a abandonar los puestos que ocupan.

GIL ROBLES, MINISTRO DE LA GUERRA

Inteligente, tenaz y ambicioso, José María Gil Robles realiza una rápida carrera en la universidad y el periodismo. Nacido en 1898, mucho antes de cumplir los treinta años ya es subdirector de «El Debate» —al lado del que unos años después será cardenal Herrera Oria— y catedrático de Salamanca. Católico militante e intransigente, figura destacado en la Asociación Nacional de Propagandistas —de marcada e indiscutida significación jesuítica—, de igual manera que unos años antes ha ostentado el liderazgo de los llamados Luises. Aunque en 1924 colabora con Calvo Sotelo en la redacción del Estatuto Municipal, permanece un tanto al margen de la política activa durante la dictadura primorriverista.

Al anunciarse en 1931 unas elecciones municipales, «El Debate» toma decidido partido por la monarquía y hace una intensa campaña en su favor. Sorprendido por el inesperado triunfo republicano, el diario que dirige Angel Herrera reacciona con rapidez y al día siguiente de la caída de Alfonso XIII fija la posición de una parte del catolicismo español al escribir en su editorial del 15 de abril: «La República es la forma de gobierno establecida en España; en consecuencia, nuestro deber es acatarla». La acata, en efecto, sin el menor entusiasmo y con toda clase de reservas. La postura personal de Gil Robles es de total identificación con la del periódico.

Elegido diputado por Salamanca el 28 de junio de 1931, Gil Robles se da a conocer en las Constituyentes en la defensa de las actas salmantinas, que son objeto de graves impugnaciones. Posteriormente, a todo lo largo del primer bienio republicano, se afianza como la figura parlamentaria más sólida y preparada de las derechas. Su oratoria no tiene la florida grandilocuencia de Alcalá Zamora ni la perfección literaria de Azaña, pero resulta terriblemente eficaz en su habilidosa y combativa agresividad. Aprovecha hasta el límite todas las oportunidades que se le presentan; utiliza astutamente las crecientes discrepancias entre los integrantes de la ya disuelta conjunción electoral de izquierdas y explota en beneficio propio los errores gubernamentales, llegando al extremo de manejar como arma en favor de los terratenientes la dolorosa tragedia de Casas Viejas. Dos años después de llegar al Parlamento, ya aparece como jefe indiscutido de Acción Popular, que aliada con otras organizaciones ultraconservadoras constituye la



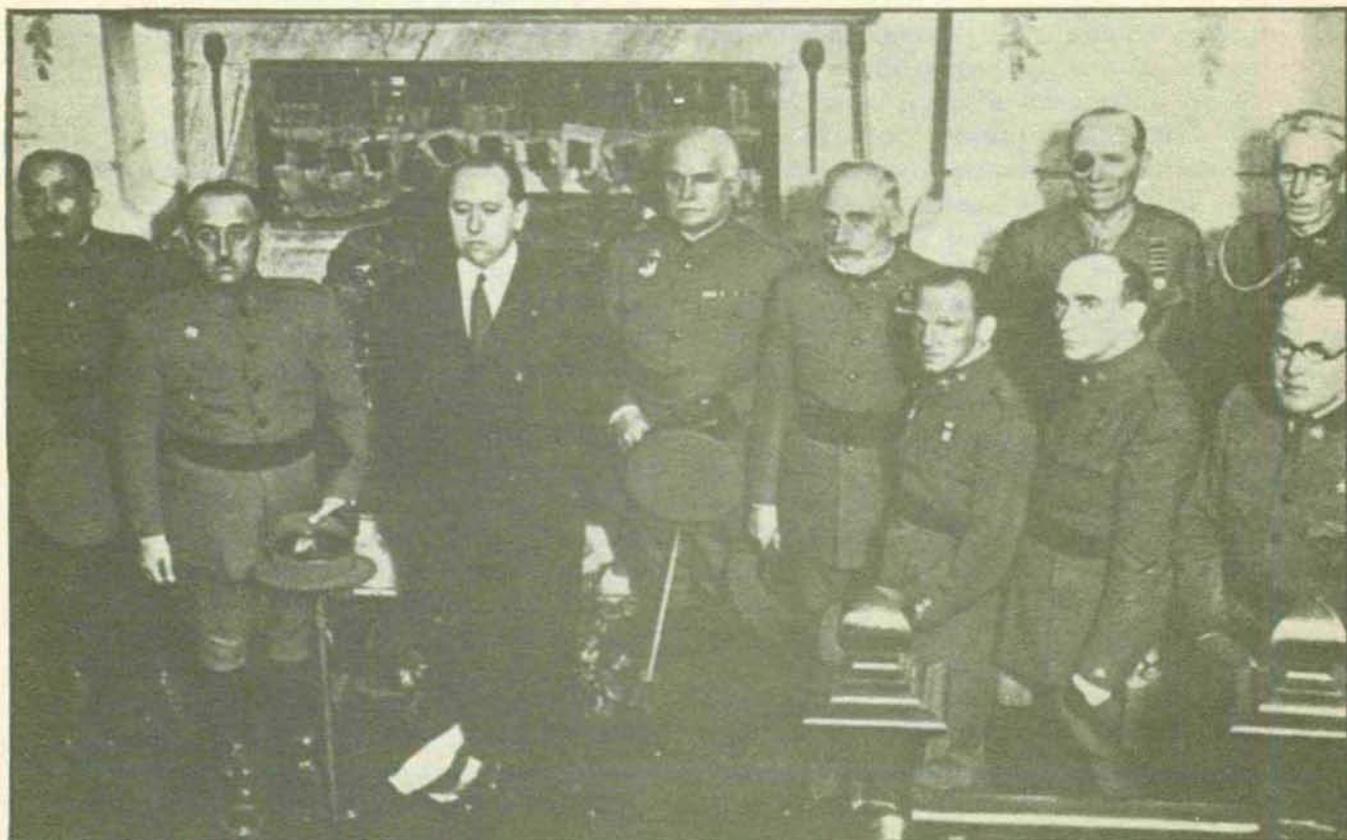
Un alto en una sesión parlamentaria: De izquierda a derecha, en la fotografía: Gil Robles, Martínez de Velasco, Melquiades Álvarez y Alejandro Lerroux (octubre de 1934).

Confederación Española de Derechos Autónomos (C.E.D.A.), eje en torno al cual gira la política nacional durante el llamado biénio negro.

Las elecciones del 19 de noviembre de 1933 se celebran en las condiciones más favorables para las derechas: desunión entre republicanos y socialistas, voto femenino, desencanto popular y campaña abstencionista

de la CNT. Gil Robles, que capitanea los esfuerzos de los grupos reaccionarios férreamente unidos, espera alcanzar una victoria definitiva. La consigue en parte al conquistar 115 escaños para la CEDA de un total de 217 que logran las derechas. Pero aunque las izquierdas —con el mismo número de votos que sus adversarios— no consiguen más que 99 actas, no alcanza la mayoría absoluta, que son 238 escaños. Arbitros de la situación son los centristas, que aun no habiendo logrado la mitad de votos que los otros dos bloques, tienen 156 diputados. Para gobernar es preciso la alianza circunstancial de dos de los bloques. Los radicales de Lerroux, en cuyas manos está la elección, optan entonces por los cedistas llevados de su hostilidad hacia los socialistas.

Ocurre, sin embargo, que tanto Gil Robles como quienes le siguen tienen un cuidado exquisito en no aceptar de manera pública y solemne el régimen republicano. Lejos de ello, algunos hacen ostentación de sus convicciones monárquicas o su admiración por los regimenes fascistas. Si las Juventudes de Acción Popular se militarizan con uniformes y saludo a la romana, el propio jefe asiste en 1933 al congreso nazi en Nuremberg, y todos por igual se vuelcan en elogios del democristiano Dollfuss, que aplasta en las calles de



En mayo de 1935, Gil Robles ocupa la cartera de Guerra, en el sexto Gobierno Lerroux. La fotografía está hecha en la sede del Ministerio; de izquierda a derecha, entre otros altos cargos del Ejército, pueden distinguirse a Franco, Gil Robles, Rodríguez del Barrio, Fanjul, Goded y, en segundo término, al entonces coronel Millán Astray.

Viena a los socialistas austriacos en un terrible baño de sangre. Resulta lógico y natural que los izquierdistas desconfíen de las convicciones democráticas cedistas y que el presidente de la República se resista a dar entrada en el Gobierno a personas de tan dudoso republicanismo. Consecuencia obligada de esas resistencias son las concentraciones de tipo totalitario y desafiante de El Escorial y Covadonga y que el año 1934 transcurra entre mutuas amenazas y agresiones, en un clima tenso de preguerra civil. Vencida en octubre la rebelión asturcatalana contra la llegada al poder de tres ministros cedistas, Gil Robles y sus seguidores pueden considerarse dueños de la situación, si bien la intervención de Alcalá Zamora y de algunos ministros radicales les impide llevar la represión a sus últimos extremos.

En el mes de mayo de 1935, en un Gobierno presidido por Lerroux, entran cinco ministros de la CEDA y el propio Gil Robles ocupa la cartera de Guerra, pese a que continúa sin hacer declaración expresa de acatamiento al régimen republicano. Son muchos los que esperan —o temen— que el jefe cedista aproveche la posición que ocupa para atentar contra la República y el hecho de que se rodee inmediatamente por una serie de generales —Fanjul, subsecretario ministerial; Franco, jefe de Estado Mayor; Goded, director de Aeronáutica, y Mola, comandante en jefe de las fuerzas militares en Marruecos— notorios por sus menguados entusiasmos republicanos, parece confirmar todas las sospechas. Sin embargo, y en honor a la verdad, preciso es reconocer y proclamar que el ministro no hace nada que le aparte por poco que sea de la legalidad establecida. (Acaso, como insinúan algunos después, porque está convencido de que nadie le desplazará del Ministerio que ocupa y de que en unas posibles elecciones el triunfo derechista será tan rotundo como aplastante.)

LA DERROTA ELECTORAL DE 1936

A finales de 1935 los escándalos del «straperlo» y Nombela, en los que están complicados algunos ministros radicales, determinan la caída del Gobierno que preside Lerroux y los que a continuación, y por muy breves semanas, dirigen Chapaprieta y Portela. Gil Robles considera llegado el momento oportuno y endurece su postura hasta límites extremos. Como jefe de la minoría más numerosa de la Cámara cree tener perfecto derecho a ocupar la presidencia del Consejo; caso de resistirse Alcalá Zamora, no tendrá más re-



Una clásica actitud parlamentaria de José M.º Gil Robles.

medio que disolver el Parlamento. Plenamente convencido de su triunfo en las elecciones, la derecha fuerza una nueva consulta electoral en los primeros días de enero de 1936. El 16 de febrero los ciudadanos españoles habrán de concurrir una vez más a las urnas.

—Es la batalla definitiva a la revolución —dice Gil Robles a sus seguidores días antes de celebrarse los comicios— toda vez que estas elecciones van a significar al mismo tiempo una contienda con todos aquellos elementos que no nos han permitido el vencimiento total, la liquidación completa de la revolución de octubre.

La intensa campaña que desarrollan las Juventudes de Acción Popular, vanguardia combativa de la CEDA, es dura, violenta y agresiva. Sus consignas tienen un claro matiz totalitario: «Frente contrarrevolucionario bajo la dirección del Jefe para aniquilar la antipatria y hacer de España en breve una gran nación». «Luchamos contra el liberalismo y la democracia corrompida». «Nuestro lema es: España, una; España, justa; España, Imperio». Un enorme cartel colocado en la Puerta del Sol reproduce en gruesos caracteres unas frases del propio Gil Robles que, tras señalar con el dedo a la multitud congregada para escucharle en uno de los mítines, asegura orgulloso: «Estos son

mis poderes», y añade: «Dadme la mayoría absoluta y os daré una España grande».

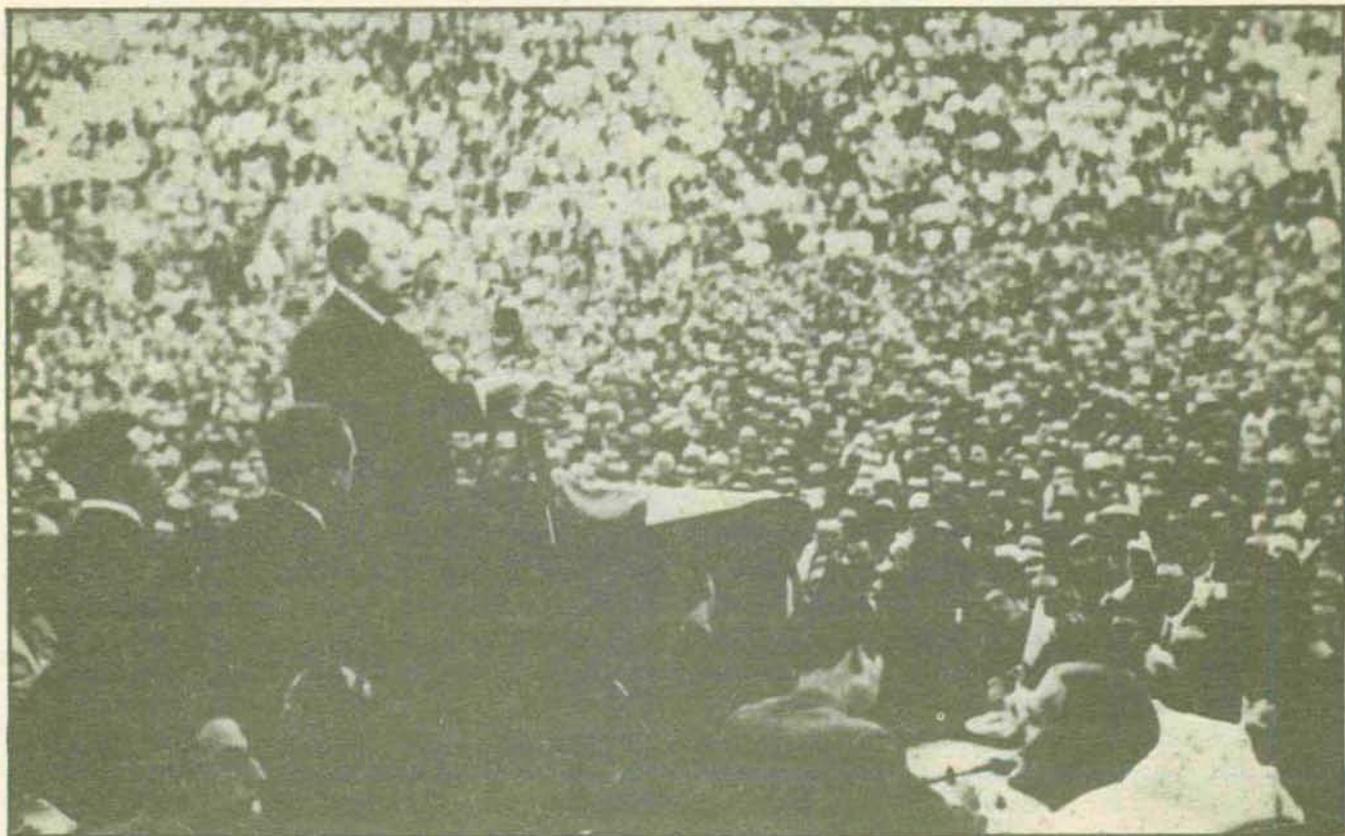
La CEDA realiza durante la campaña electoral el más gigantesco esfuerzo propagandístico que se conoce en nuestro país. Con sobra de medios económicos emplea, según declaración propia, 215 toneladas de papel para confeccionar cincuenta millones de pasquines, tres millones de folletos y dos millones de carteles. Organiza mítines y reuniones en todos los pueblos de España y lanza a sus propagandistas a visitar cientos de miles de hogares para convencer a sus moradores de que deben votar a Gil Robles para salvar a España. «El Debate» escribe orgulloso: «¿Quién se atreve, a derecha e izquierda, arriba o abajo, a enfrentarse a Acción Popular, que es enfrentarse a España? Vamos hacia el triunfo arrollador y aplastante». Seguros los capitalistas del éxito ucedista, la Bolsa sube muchos enteros y Gil Robles afirma la víspera de las elecciones: —*Acción Popular no va a tener enemigos ya, porque todos caerán ante ella.*

Pero una vez más los hechos destrozan sus ilusiones. Celebrados con toda calma los comicios del día 16, en la madrugada del 17 es aplastante la victoria del Frente Popular, que tiene elegidos ya 257 diputados, por 57 centristas y 139 del Frente Nacional. No hace



Gil Robles en compañía del Presidente de la República, Niceto Alcalá Zamora.

falta siquiera la segunda vuelta, pues incluso sumando a los conservadores los 20 escaños todavía en litigio, no podrán llegar a los conseguidos por las izquierdas. A las tres de la madrugada del día 17 un Gil Robles menos optimista que unas horas antes se presenta en el Ministerio de la Gobernación para hablar con Portela Valladares, Presidente aún del Consejo. Viene a pedir que impida que el Frente Popular llegue al poder, declarando el estado de guerra. En las cuarenta y ocho horas siguientes hacen la misma gestión, aparte de Calvo Sotelo y otros elementos monárquicos, los generales Franco, Fanjul y



«Su oratoria no tiene la florida grandilocuencia de Alcalá Zamora ni la perfección literaria de Azaña, pero resulta terriblemente eficaz en su habilidosa y combativa agresividad». (En la foto, Gil Robles durante un mitin en la plaza de toros de Valencia, durante las elecciones de febrero de 1936).

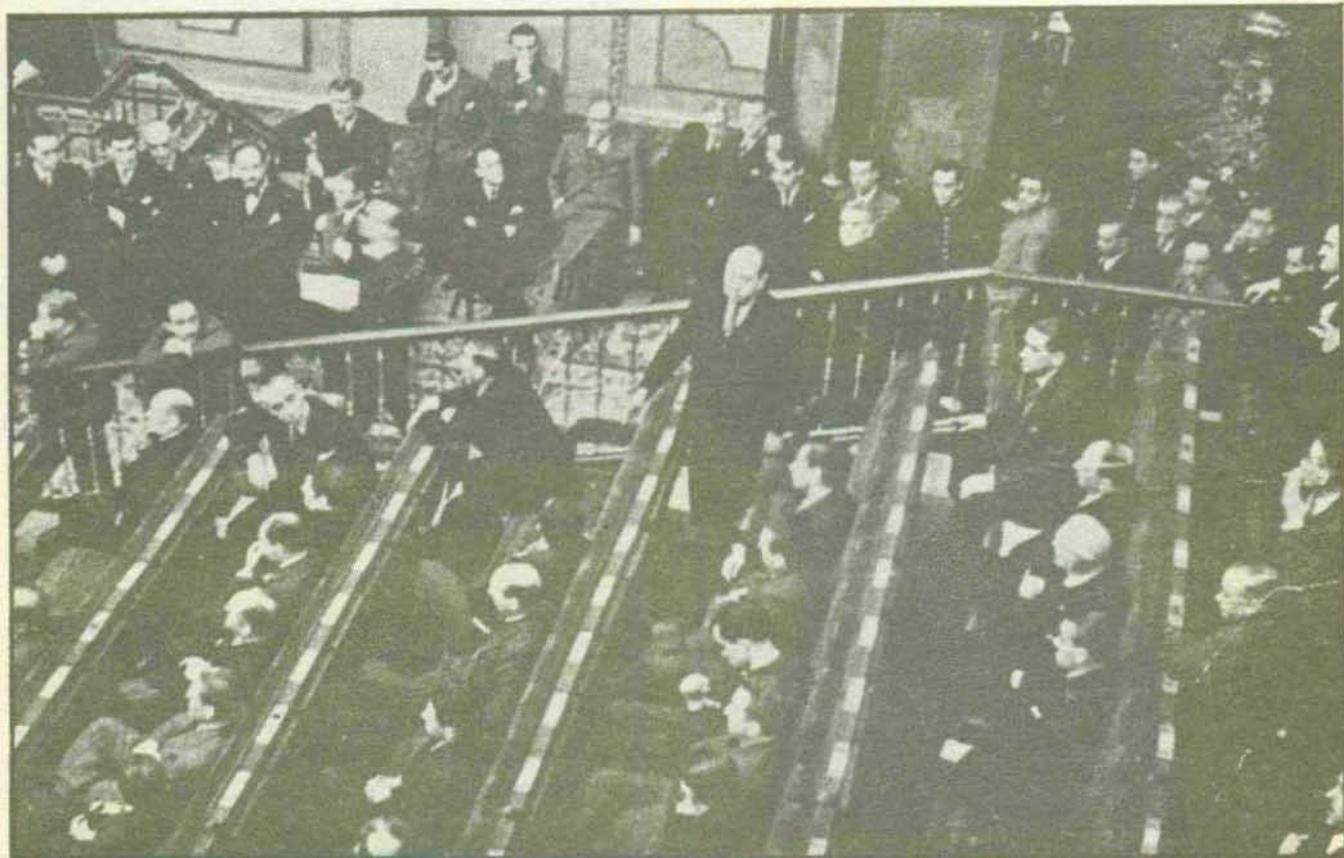
Goded —los mismos que Gil Robles colocó en los puestos claves del Ministerio de la Guerra— ante los generales Pozas, inspector general de la Guardia Civil; Molero, Ministro del Ejército, y el jefe del Gobierno. Cuando no consiguen que Portela dé en su nombre y beneficio un golpe de Estado, comienzan los preparativos para hacerlo por cuenta propia. Aunque la paz es perfectamente posible cuando Azaña ocupa de nuevo la presidencia del Consejo, las derechas españolas encienden, por cuarta vez en menos de un siglo, las llamas espantables de una guerra civil.

LOS QUE HICIERON IMPOSIBLE LA PAZ

Entre febrero y julio de 1936 se ultiman los preparativos para el movimiento que ha de terminar con la vida de la segunda República. Se recurre a todo para crear un clima favorable a la subversión en marcha: paralización de industrias, huida de capitales, siembra de rumores alarmantes, provocaciones y terrorismo. En toda la geografía peninsular se despiden obreros, se suspenden trabajos y se perpetran atentados. A los hechos trágicos sigue una interpretación catastrofista de la situación y una serie de discursos provocadores en los mítines y en el

Parlamento. Oficialmente, los líderes derechistas —Goicoechea, Calvo Sotelo, Ventosa o Gil Robles— no tienen participación alguna en los hechos, aunque algunos de ellos —concretamente los dirigentes de la T.Y.R.E.— reciben de Mussolini toda clase de ayudas militares y pecuniarias para encender la guerra desde marzo de 1934. Pero todos se sirven de las Cortes como poderoso altavoz que difunda unos discursos demagógicos e incendiarios que aumenten la angustiosa tensión en que vive el país.

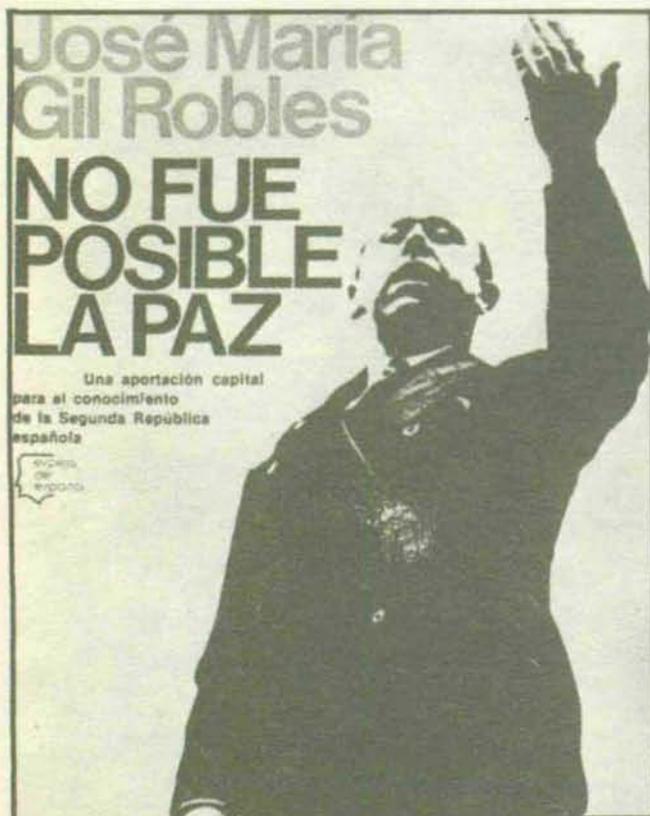
Gil Robles no admite ni antes ni después de la guerra que haya participado en la conspiración ni preparado los trágicos acontecimientos que se desarrollan entre julio de 1936 y abril de 1939. Pero, aun en el caso más favorable para él, la realidad es que no hace absolutamente nada por impedirlos y sí bastante por convertirlos en inevitables. Basta leer para comprenderlo sus discursos de esta época trágica, tanto en los mítines que celebra como en el Parlamento. Particularmente expresivas son sus palabras en la sesión de Cortes de 16 de junio de 1936, cuando ya está incluso señalada la fecha del levantamiento, y del 15 de julio en la reunión de la Comisión Permanente, que equivalen a una declaración de guerra. En cualquier caso



Gil Robles (de pie en el hemiciclo del Congreso, tiene a la espalda, sentado en su escaño parlamentario, a José Calvo Sotelo), durante su célebre intervención del 16 de junio de 1936, en la que se permitió una seria advertencia al Gobierno sobre la posibilidad del estallido de una guerra civil.

es indudable que contribuye con quinientas mil pesetas —que son entregadas en su nombre al general Mola, «director» de la conspiración— a los gastos de preparación del alzamiento. Examinado el panorama con la fría objetividad que nos permiten los cuarenta y cuatro años transcurridos desde entonces, tenemos la clara impresión de que fracasado en sus planes electorales de febrero, apoya una sublevación que si anegará en sangre y lágrimas el territorio nacional, habrá de permitirle alcanzar un poder sin límites ni cortapisas cegado —como Dolltuss en 1934 o Frei en 1973— por la tentación totalitaria.

Tras su discurso en Madrid del 15 de julio, Gil Robles traspasa ese mismo día la frontera francesa para ver tras la barrera de los Pirineos los acontecimientos que se inician dos días después en España. Pero las cosas no suceden en la forma esperada. Transformado en generalísimo, Franco no le llama a su lado; es un oscuro diputado de la CEDA, Serrano Súñer, quien interviene en la creación del nuevo estado fascista. Prohibidos todos los partidos políticos luego de la famosa unificación de 1937, Gil Robles tiene que buscar refugio en Portugal. En Portugal permanece cerca de veinte años trabajando en favor de la monarquía de don Juan de



Portada de la segunda edición del libro capital de Gil Robles «No fue posible la paz». En el que trató de justificar su labor política y su actuación parlamentaria, durante los años cruciales de la II República española.



Jose M.º Gil Robles, en abril de 1975, durante su actuación jurídica en el asunto «Matesa», entrando en el Palacio de Justicia.

Borbón. En un libro titulado «La Monarquía por la que yo luché», publicado en 1976, reproduce parte de su diario político entre 1941 y 1956. Por ese libro conocemos parte de sus trabajos de esos lustros y de sus fracasos. El antiguo jefe de la CEDA es hombre sincero, inteligente y honesto, que parece llegar a todas partes con unos minutos —o unos años— de retraso. Si parte de sus correligionarios en la democracia cristiana



Gil Robles (el cuarto de derecha a izquierda, en la mesa presidencial) durante una reunión electoral, en las elecciones de junio de 1977, en las que no conseguiría ni siquiera su propia acta para el Congreso.

—Martín Artajo, Sánchez Juliá, etc.— sirven incondicionalmente al dictador, don Juan le decepciona porque es un pretendiente que da muchas veces la sensación de no pretender nada. Aunque inicia unas gestiones para lograr una reconciliación nacional, son otros los que logran poner en práctica parcialmente ese ideal necesario para iniciar la transición. Más tarde proliferan los que a sí mismos se denominan demócratas cristianos y son precisamente quienes más cerca han estado del franquismo los que forman en los gobiernos de la restaurada monarquía de don Juan Carlos. Por último, en las elecciones del 15 de junio de 1977, recibe el terrible mazazo de ser derrotado en Salamanca y quedarse sin acta. Comprende entonces que nada tiene que hacer en la política española. No sólo porque se ha sobrevivido a sí mismo y a su época, sino porque lleva sobre sus espaldas la carga insoportable de haber esperado de un golpe de Estado recuperar el terreno perdido en las urnas el 16 de febrero de 1936.

«No fue posible la paz» titula un libro con el que trata de justificar su actuación en el final de la República. En el fondo debe saber que no lo fue porque la hicieron imposible, entre otros factores, las tentaciones totalitarias de los demócratas cristianos de su época. ■ E. de G.



«El antiguo jefe de la CEDA es hombre sincero, inteligente y honesto, que parece llegar a todas partes con unos minutos —o unos años— de retraso». (José M.ª Gil Robles en sus últimos años). (Foto: Ramón Rodríguez).